

entonces se vieran. ¿Qué faltaba pues? Un soplo del genio de Miguel Ángel Buonarroti, y apareció la hermosísima iglesia de Santa María de los Ángeles, que Pío IV consagró, erigió en título cardenalicio y dió á los cartujos, cuyo monasterio es contiguo. No puede ofrecerse nada más bello que este templo, construido en forma de cruz griega, cuya longitud total excede de 330 piés por 308, que tiene la nave transversal (antigua *Pinnacoteca* de las termas), con 74 de anchura y 84 de elevación: áun después de la reforma, que en la disposición de la entrada y de los altares introdujo el arquitecto Vanditelli á mediados del último siglo, reforma atrevida y extraña, que le quitó hermosura, cambiando el ingreso, y por consiguiente, el orden de la cruz; esta iglesia es una de las más notables, con ser las notables tantas, de la ciudad de Roma. Sin hablar de aquellas columnas gigantescas de 16 piés de grosor y más de 45 de altura, sin recorrer una por una las capillas y uno por uno los retablos, sin fijarnos con el especial interés, que ellos merecen en algunos de aquellos cuadros, cuyas copias adornan los altares de la Basílica Vaticana, sobre todo el Martirio de San Sebastian, excelente obra del Dominiquino, y el Bautismo de Jesucristo, por Carlos Maratta, que animan los dos muros laterales del altar mayor, la Presentación al templo, original de Romanelli, y algunos otros, sin describir aquel ingenioso meridiano, dispuesto en el pavimento, por el erudito Bianghini en 1701, y haciendo de la magnífica estatua de San Bruno, esculpida por Handon, el solo elogio, que dicen le tributó Clemente XIV, «el santo no habla, porque se lo prohíbe la regla de su orden;» acerquémonos respetuosamente á otros monumentos que en esta iglesia se guardan. Sea el primero el túmulo modesto de Pío IV, diseñado, según se cree, por Miguel Ángel, como el del Cardenal Serbelloni, puestos uno y otro á los lados del altar mayor; y pagado un tributo de reverente gratitud al sabio Pontífice, que continúa las glorias legítimas de Leon X y de Paulo III en el amor á las ciencias y á las artes, detengámonos un instante en cada uno de los cuatro nichos, que ofrece la sala ó capilla de Ingreso, la pequeña Rotonda, antiguo *Calidarium* de las termas.

Corresponde uno al Cardenal Parisio, de Cosenza, profesor de leyes en las universidades de Padua y Bolonia, cuya vasta ciencia brilló en el Concilio de Trento: es notable el epitafio de su losa:

CORPVS HVMO TEGITUR.  
FAMA PER ORA VOLAT.  
SPIRITVS ASTRA TENET.

Aquí, no lejos, reposan también los restos mortales del Cardenal Alciati, insigne jurisconsulto y literato del siglo XVI, profesor renombrado de la Universidad de Padua, maestro de San Carlos Borromeo, honra y ornamento de la corte de Pío IV. La inscripción funeraria, á vueltas de cierto juego gramatical que resulta de los tres tiempos del verbo latino *vivere*, es de un aticismo, que sorprende, y de una sencillez, que deleita; dice así:

VIRTVTI VIXIT.  
MEMORIA VIVIT.  
GLORIA VIVET.

Los otros dos depósitos pertenecen á dos artistas famosos: uno á Carlos Maratta, *anconitano non procul á Lauretana Domino, Camerani natus*, como se lee en el epitafio, pintor muy estimable del siglo XVII, que, siguiendo las huellas y modelos de Rafael, de Carracci y de Guido, llegó á ocupar uno de los primeros lugares entre los pintores de su época, y á serlo de cámara del rey Luis XIV.

IN HOC TEMPLO EID. ANGELORUM REGINÆ SACRO,  
MONUMENTUM SIBI VIVENS POSUIT.  
ANNO D. M.DCCIV.

Así termina su inscripción sepulcral.

Y de propósito hemos dejado para la última la visita al monumento, que guarda las cenizas de Salvator Rosa, pintor, poeta, músico, aventurero, tipo verdaderamente original, espíritu apasionado y ardiente, como la tierra volcánica, cerca de la cual vió la luz, turbulento y arrebatado como las tempestades del Mediterráneo, que tantas veces se complacía en pintar; sombrío y melancólico como las rocas del Apenino y las cavernas

de los Abruzzos, que en su juventud recorrió con vária fortuna. En vida sus sátiras y genialidades le valieron no pocas tribulaciones; pero á fe que en muerte halló un panegirista, que largamente le reintegra en el caudal de las alabanzas y de la gloria. Sobre su piedra sepulcral se lee el siguiente elogio:

PICTORUM SUI TEMPORIS  
NULLI SECUNDUM, POETARUM OMNIUM TEMPORUM  
PRINCIPIBUS PAREM.

El padre Oliva, general de los jesuitas, á quien se atribuye este epitafio, llevó á términos de ponderacion excesiva el encomio al poeta y al pintor, sobre todo al poeta, que aunque los sonetos y sátiras de Salvator Rosa sean hoy mismo considerados, con justicia, textos de lengua, tanto como para levantarlos á la altura de los poetas príncipes de todos los tiempos, no creemos que basten ni lleguen; de seguro fueron mucho más modestas las aspiraciones del autor, en cuyos versos y en cuyos cuadros (manifestaciones gemelas de un solo genio) se hace notar la grandeza del colorido mejor que la habilidad perfecta del dibujo. La vida de Salvator Rosa es una leyenda, cuyos capítulos dejó él mismo escritos ó pintados. Discípulo y admirador de nuestro Ribera (el Españoleta), comunicó á sus cuadros aquella vigorosa entonacion, que caracteriza su escuela, y que, á pesar de las repugnancias y desdenes de una crítica pusilánime y atildada, tendrá el encanto terrible de la verdad, siempre que no dé en las exageraciones y amaneramiento de un realismo inflexible y por precision antiestético. Salvator Rosa no es sólo el pintor de las ruinas y de los incendios; de entre los escombros de los sepulcros sabe hacer surgir la figura de Demócrito, riéndose de las vanidades mundanas; y en la soledad de un campo sabe ofrecer con admirables rasgos el fratricidio de Caín. A su pincel es debido el gran cuadro de la conjuracion de Catilina: su genio artístico supo evocar la sombra airada de Samuel, que maldice á Saul, y sorprender á Pitágoras en filosófica conversacion con sus discípulos. Los paisajes de Salvator Rosa reproducen, ya lo hemos dicho, con cierta delectacion las ásperas vertientes, los árboles abrasados

por el rayo, la poesía de las tempestades, á diferencia de sus coetáneos Claudio Gelée (de Lorena), que se complacia en pintar la alborada con apacibles tintas y encantadora suavidad, y el no ménos dulce Poussin, el inspirado pintor de las *Cuatro Estaciones*: franceses estos dos, napolitano Salvator Rosa, todos tres aprendieron y brillaron en Roma en el siglo xvii, en aquel período, tambien feliz para las artes españolas: aquellos eran cabalmente los dias de nuestros Velazquez, Herreras, Canos y Murillos.

Hermoso templo el de Santa María de los Ángeles desde cualquier ángulo que lo veamos, desde cualquier punto que lo consideremos. El arte cristiano ha recogido los restos de una excelente joya arquitectónica de la Roma de los Césares, y con ellos eleva un santuario á la Reina de los Ángeles, allí donde un tiempo se dió culto á la soberanía de todos los vicios. Aquellas columnas, que un dia sostuvieron la mansion de locas alegrías y de criminales deleites, ahora purificadas, son inmóviles centinelas de la oracion y la piedad. ¡Quién sabe si en aquellos muros dejó escrito su nombre humilde, y esculpido con dos sencillas rayas el signo de la redencion, alguno de los cuarenta mil cautivos, que trabajaron en la construcción de las termas! Dios en sus designios inexcrutables tenía dispuesto que en la prosecucion de los tiempos viniera á ser templo cristiano y casa de mortificacion y penitencia aquel palacio gigantesco, que los cristianos infelices levantaban á la voluptuosidad romana bajo la férula sangrienta de Diocleciano cruel. El sepulcro de Diocleciano ya no existe; sus palacios, sus riquezas, el polvo de sus huesos, todo ha desaparecido, sin que de tanto poder y de tal nombre quede más que un recuerdo lúgubre y un eco lejano, que no penetra en ningun corazon recto ni refleja en ninguna inteligencia pensadora: en cambio, la espléndida cruz griega de Santa María de los Ángeles, consagrada al culto católico, guarda con religioso amor las cenizas de los sabios y de los artistas, que murieron en el Señor y que vivirán en la grata memoria de todas las generaciones. Por su vasto recinto no pasean los patricios altaneros ni los plebeyos corrompidos ni las cortesanas procaces, ni resuenan por su

limpio pavimento las armas de los soldados pretorianos, ni recorren sus vastas dependencias esclavos tristes y abyectos: hoy son moradores del que fué palacio y espléndido lugar de recreo del pueblo romano unos pobres penitentes, vestidos de blanco sayal, entregados á la vida del espíritu y de la contemplacion: al ruido de los sofistas, que discutian, y de los ociosos, que declamaban, ha reemplazado el solemne silencio de los cartujos, que oran. Sus pobres celdas no recuerdan, por cierto, el lujo de las antiguas aulas inherentes á las termas; pero su hermoso claustro cuadrado, que sostienen cien columnas de travertino, formando debajo cuatro grandes pórticos, obra insigne de Miguel Ángel, produce una dulcísima impresion de paz y de interior alegría: el fresco ambiente, embalsamado de azahar, que se respira en aquel patio, á la sombra de los árboles y de la caridad, trae al espíritu cristiano más humilde un orden de ideas, que no pudo siquiera soñar el filósofo más soberbio de la antigüedad griega y romana.

Fueron, pues, en su destino ulterior más afortunadas que las termas de Caracalla, las no tan ricas, pero sí mayores, de Diocleciano. Aquellas están convertidas en campo desierto y erial; éstas tienen dos de sus antiguas salas redondas erigidas en iglesias: la de Santa María de los Ángeles, de donde venimos, y la de San Bernardo, que ocupa el ángulo occidental del cuerpo externo del edificio, consagrada en el año 1600, y notable, así por los cuadros y estatuas que la adornan, como por algunos sepulcros que contiene.

## IV.

Aquel campo, donde ahora resuena el penetrante silbido de la locomotora, fué diez y siete siglos hace el campo de los pretorianos: allí se alojaban desde los tiempos de Tiberio los soldados, en cuyas manos rebeldes y venales estuvo tantas veces la suerte del Imperio y la vida de los emperadores. Cerca de

la muralla de este campo se ven todavía restos de la del tiempo de Honorio, reparada en el siglo VIII. La historia del imperio puede decirse está escrita en aquellas piedras. Tiberio, Honorio y Genserico determinan la marcha descendente y la triste ruina de aquel imperio colosal, edificado por César y engrandecido por Augusto.

Cerca de donde estuvo la puerta *Nomentana* (que conducia á *Nomentum*, la Mentana actual) ábrese hoy la puerta Pía (del nombre de Pío IV), que domina una deliciosa region rodeada de orlas y jardines; pasando por aquel lugar, en otros tiempos sombrío, que fué campo sepulcral de las vestales castigadas (*campus sceleratus*), se llega en pocos minutos á una Basílica Constantiniana, consagrada al culto de una santa doncella, que sufrió martirio en los primeros años del siglo IV. La preciosísima iglesia de Santa Ines, en piazza Navona, recuerda el circo agonal donde la ínclita Virgen fué sacrificada al implacable furor de los últimos perseguidores: la Basílica de la via Nomentana santificó la sepultura de la valerosa mártir Santa Ines. Antes del descubrimiento de la Basílica subterránea de San Clemente, ninguna otra daba idea tan exacta de los primitivos templos cristianos, y á la vez misma de las Basílicas civiles de los romanos, como ésta de Santa Ines, con sus tres naves sostenidas por diez y seis columnas y su pórtico superior. Al lado está el baptisterio (iglesia de Santa Constanza), de forma esférica, en que recibieron el agua de la regeneracion las dos Constanzas, hermana é hija de Constantino: el gran sarcófago de pórfido, que allí estuvo hasta 1791, y el testimonio de antiguos escritores, prueban que aquél fué el depósito de las tumbas ó panteon de la familia de aquel gran emperador. Un poco más allá se ve el puente Nomentano sobre el rio Anio (hoy *Teverone*), y al otro lado, una pequeña eminencia, que se descubre, es el monte Sacro, teatro dos veces de la plebe amotinada: en el año 260 de Roma, contra los patricios; en el año 305, contra los decemviros: la primera vez obtuvieron los retraidos la creacion de los tribunos de la plebe, que ésta, más que el apólogo famoso de Menenio Agrippa, los redujo á bajar á la ciudad: la segunda vez alcanzaron con su

enojo y retirada el restablecimiento de la potestad tribunicia y la inviolabilidad de las personas, que del pueblo recibían mandato y autoridad. ¡Qué riqueza de derechos adquiridos por el pueblo! ¡Qué hará de tanta ventura política? Lo mismo que han hecho todos los pueblos de la tierra de la suya respectiva. El gran acopio de libertades, logrado por la multitud en largos años de agitación y de luchas, viene á ser de la noche á la mañana la herencia de un dictador y de un tirano.

¿Qué ruinas son aquellas que se ven una milla más allá del monte Sacro, entre la via Nomentana y la via Salaria? Son los escombros de la casa de campo de Phaon, donde fugitivo, desnudo, despreciado, murió miserablemente Neron, mientras los pretorianos proclamaban á Galva. Hé aquí las libertades de los antiguos moradores del monte Sacro.....

## V.

Terminaremos este capítulo con un recuerdo más simpático que el de los amotinados del monte Sacro y el mísero fugitivo de la casa de oro.

Strabon, describiendo el antiguo *Ager* de Servio Tulio, que abarcaba la llanura extendida á los piés de los montes Quirinal, Viminal y Esquilino, esto es, al oriente de la ciudad, dice que en medio se abría la puerta, que Festo y Frontino llaman Viminal: todavía se reconocen los vestigios en un terreno cultivado inmediato á las termas de Diocleciano.

Entre las actuales puertas Pía y de San Lorenzo hay una distancia de milla y media, y en ese espacio se encuentran el primitivo sitio de la puerta Nomentana, el recinto casi borrado del campamento famoso de los pretorianos, y la puerta Viminal, cerrada como casi todas las de la Roma antigua: la puerta *Tiburina*, de la época de Honorio, así dicha porque daba paso á la via del mismo nombre, via de Tíbur ó de Tívoli, es la única que se ha salvado de las devastaciones y de las

mudanzas: es la misma puerta de San Lorenzo, que este nombre tenía ya en el siglo IX, por la Basílica insigne que á una milla de los muros se levanta.

Pertenecía aquel campo, llamado *Verano*, á la matrona romana Ciriaca, que en los largos años de santa viudez acogía á los cristianos en su casa del Celio, y enterraba en su campo de la via Tiburtina los cuerpos de los mártires; allí fué depositado el de San Lorenzo: no tarde ella misma, bajo el imperio de Valeriano, obtuvo la palma del martirio, y sus despojos fueron á ocupar una sepultura en el propio cementerio.

En la primera mitad del siglo IV (año 330), para honrar el sepulcro del valeroso diácono, que constituía una de las más altas glorias de la Roma cristiana, Constantino, á ruego de San Silvestre, edificó la Basílica de San Lorenzo, ornando la tumba del santo mártir con un arco triunfal, sostenido por columnas de pórfido, y suspendiendo ante ella, para alumbrarla perpétuamente, una lámpara de oro puro, de diez picos, que pesaba treinta libras: una corona de plata, rodeada de cincuenta delfines, brillaba en la altura como remate digno de tan venerado monumento. A partir del mismo siglo IV, los Pontífices mostraron siempre muy especial interés por la conservación y embellecimiento de aquella Basílica, guardadora de un cementerio poblado de mártires: en tiempo de San Leon I, Gala Placidia, hija de Teodosio, restauró por completo la iglesia, según se leía en una inscripción, de que Gruter da noticia. Los Papas Simmaco, Pelagio II, Gregorio II, Adriano I, San Leon III, Nicolas V, y por último, en el siglo XVII, los canónigos regulares de Letran, fueron modificando ó añadiendo las partes y adornos del templo hasta el punto y forma en que lo hallamos.

El pórtico, sostenido por seis columnas jónicas, ofrece aún restos de un mosaico perteneciente al siglo XIII, bajo el pontificado de Honorio III, que en aquella Basílica consagró emperador de Constantinopla á Pedro Courtenay, Conde d'Auxerre.

Al penetrar en el templo, desde luego se descubren dos fábricas perfectamente distintas: la Basílica antigua y la moderna; una iglesia dentro de otra.

Son de notar desde luego las veintidos columnas jónicas de granito, que forman las tres naves, columnas pertenecientes en su mayor parte á antiguos monumentos, quizá á alguno de los templos del pórtico de Octavia, aquellas dos en cuyos capiteles se ven esculpidos el lagarto y la rana. Sábese por Plinio que dos afamados artistas griegos, Sauros y Battraco, tomaron parte principal en las obras del pórtico suntuoso de la hermana de Octavio; y como se les prohibiera escribir su nombre en parte alguna, esculpieron el significado de su nombre respectivo, firmando así en las columnas con jeroglíficos, que pudieron pasar como caprichos de ornamentación. Sauros significa *lagarto*; Battraco significa *rana*. Plinio dice que esta especie de contraseña estaba en la base de las columnas: las de San Lorenzo la tienen en la voluta del capitel: es de presumir que los astutos griegos procurasen no poner siempre en el mismo lugar las simbólicas figuras, para que al fin no se descubriese el delito de querer dar su nombre al fruto de su ingenio y de su trabajo. ¡Tan adelantada estaba la libertad en sus más inocentes y aún legítimas manifestaciones durante el período del triumvirato!

Del fondo de la iglesia elévase la tribuna, á la cual se sube por dos escalinatas de mármol, y allí comienza la Basílica antigua, reformada por Pelagio II (siglo VI), que es el presbiterio actual. Delante del altar mayor, cubierto por un templete, que se alza sobre cuatro columnas de pórfido, están los púlpitos (*ambones*) para la epístola y el evangelio, según el rito de las iglesias primitivas, y en el fondo la silla episcopal, adornada de piedras de colores. Bajo el altar hállase la *Confesion*, donde el Papa Pelagio colocó los cuerpos de San Lorenzo y protomártir San Estéban, traído entonces de Constantinopla. Uno de los monumentos artísticos más interesantes, sin duda, de esta Basílica es el singular mosaico del siglo VI, que se ve en la parte superior de la Tribuna; representa al Salvador sentado sobre un globo en acto de bendecir; á su derecha están San Pedro, San Lorenzo y Pelagio II; á la izquierda San Pablo, San Estéban y San Hipólito; la sencillez del dibujo y la austera gravedad de las figuras corresponden á los caracteres de

una edad en que las artes del dibujo comienzan pausadamente á elevarse desde la necesaria rudeza de los días de la persecución hasta la suavidad y hermosura místicas de siglos más avanzados. La urna de mármol con bellísimos relieves de frutas, flores y pájaros, que está detras de la tribuna, y que se supone que fué sepulcro del Papa Dámaso II (siglo XI), y aquel otro sarcófago más antiguo, en que hay representada una ceremonia nupcial, y que se ha creído sepulcro del Cardenal Fieschi, sobrino de Inocencio IV, son dos obras por extremo notables de escultura, en cuyo estudio se han empleado muy eruditos arqueólogos.

De una capilla subterránea, que hay en la nave de la izquierda, se pasa al cementerio de Santa Ciriaca, uno de los más venerados en todos los siglos, ilustre por los mártires Lorenzo, Claudio, Severo, Crescencio Romano, Hipólito, Justino y muchos otros.

En el campo Verano, junto á la Basílica de San Lorenzo, está hoy el cementerio general de la ciudad de Roma.